



CONSEJO IDEOLOGICO

“Un Nuevo Proyecto Progresista para Chile”

Presentación

Este documento tiene el propósito de exponer los contenidos políticos, culturales, conceptuales y metodológico para el desarrollo del trabajo que le solicitó la Directiva Nacional a la Comisión del Consejo de Ideas del PPD en la perspectiva de un debate nacional que impulsa el PPD, en dialogo y escucha con la ciudadanía, para configurar las nuevas ideas de un proyecto progresista para Chile y para contribuir a la redefinición de los paradigmas del progresismo en este nuevo tiempo.

Este Consejo Nacional de Ideas progresistas está estrechamente vinculado a nuestros Consejos donde hemos ido construyendo nuestro perfil como fuerza de izquierda, progresista y ciudadana y en particular al Consejo Nacional de Ideas, Organización y Programa del año 1993, al Consejo Nacional de Ideas Ciudadanas del año 2003, al Plan Nacional de Diálogos Ciudadanos del año 2007 y al Consejo Nacional de Aportes Programáticos del año 2008.

Este es un documento para abrir la discusión sobre el progresismo en Chile al cual esperamos se incorporen mil ideas provenientes de los debates de los Foros Ciudadanos que nuestros regionales organicen a través del país y en el Consejo Nacional, que con características semejantes, realicemos en Noviembre de este año 2011. Concebimos, por tanto, este debate no como el cierre de una reflexión sino como el inicio de ella, la apertura de un camino que debe llevarnos a un **nuevo ciclo del progresismo en nuestro país.**

PPD, lo único estable es el cambio

El Partido por la Democracia surge en 1987 "como un instrumento para agrupar a ciudadanos de diversas tradiciones con el objetivo exclusivo de recuperar la democracia. Alcanzada esa meta, el PPD tenía que definir nuevamente los objetivos que le dan sentido como asociación política". En virtud de ello, el Partido por la Democracia definió el año 1993 su Declaración de Principios, los aspectos esenciales de su ideario y asumió los temas emergentes como parte de su identidad consagrándose como un partido permanente de la política chilena.

El fin del bipolarismo y de la guerra fría, la caída de regímenes autoritarios de diverso signo, la derrota del régimen de Pinochet la expectativa de un régimen democrático, solidario y con justicia social, la creciente aspiración a una universalización de los valores de la democracia y de los derechos humanos, el reconocimiento de

derechos individuales y de mayores espacios de libertad de las personas, como también la decadencia de las mega narraciones ideológicas, permeó el desarrollo cultural progresista del PPD.

El PPD, definido como **“la fuerza del cambio”**, anticipó con sus intuiciones valóricas y culturales, como también con sus definiciones programáticas el nuevo contexto que emergía en los años 90 y fue capaz de posicionar y dar visibilidad a diversos temas en el ámbito de género, medioambiente, democratización ciudadana, tolerancia y diversidad, los nuevos y clásicos derechos de las personas. Ello le confirió originalidad y le permitió consolidarse como un partido progresista y ciudadano protagonista permanente en la política chilena.

Desde esa fecha una profunda y acelerada transformación tecnológica, concretada en una expansiva revolución de la Información y de las comunicaciones, productos de una gran revolución digital, ha también más que acelerado la emergencia un mundo nuevo, global, interdependiente, mas complejo, con nuevas oportunidades para los países y para los seres humanos, que sin embargo coexisten con nuevas y viejas formas de dominación, exclusión, discriminación y pobreza.

Se internacionalizan y crean nuevas formas de producción, comerciales y financieras. Surgen nuevas modalidades de cooperación e integración de economías y mercados, se modifica el rol clásico del Estado-nación y se abren los espacios cerrados que lo caracterizaron, cambia la velocidad y el sentido del espacio y del tiempo y la globalización crecientemente determina todas las esferas de la vida pública y privada de las sociedades.

Surgen también nuevas amenazas a la convivencia democrática y a la seguridad internacional ligadas a los fundamentalismos religiosos, tribales, al terrorismo, al tráfico nacional e internacional de drogas, a la delincuencia, a regresiones neoreaccionarias y racistas colindantes con el fascismo.

Crisis de la ideología y del modelo neoliberal

Pero también queda al desnudo la fragilidad de un modelo productivo y de generación y concentración de riquezas que sobreexplota los recursos naturales, depreda el planeta, coloca en riesgo vital la biodiversidad, genera un peligroso cambio climático y crea una amenaza de destrucción global del medio ambiente.

Entra en crisis la ideología neoliberal, que ha regido el proceso globalizador y que impuso un tipo de capitalismo desregulado y radicalmente privatizador, redujo irresponsablemente el rol del Estado en la economía, minimizando la función de las políticas públicas, que desreguló los mercados laborales, expandiendo el empleo informal y deteriorando significativamente las condiciones del trabajo. Aumentó así las desigualdades y la brecha nacional y mundial entre ricos y pobres, trasladada ahora también al escenario de las naciones y de los pueblos.

Hoy como nunca, en estos últimos decenios, **es posible plantear la superación** de la concepción **fundamentalista neoliberal** de la economía. Después de la crisis financiera del 2008 y de las medidas adoptadas por diversos gobiernos, incluido el de EEUU, la economía de mercado desregulada y con un Estado ausente pareciera no tener defensores. Hay una posibilidad para el progresismo en el mundo de plantear otra globalización, mucho más simétrica que atenúe significativamente sus efectos perversos y progresivamente redistribuya sus frutos también de manera global, que descansa en una nueva arquitectura financiera y laboral internacional. En suma, una globalización que implique una ampliación y profundización de una historia mundial efectivamente humana.

Se extiende la idea, incluso entre las grandes potencias, de la inviabilidad de mantener las formas de vida, consumo y producción esenciales a la civilización y aumenta el consenso en torno a encarar de manera decidida el calentamiento global y hacer de una economía más verde el motor de la recuperación de la crisis y la nueva frontera de la economía mundial.

Una fuerza progresista como la nuestra, partidaria de una economía de mercado sin concentración, sustentable ambientalmente, con derechos de los usuarios y un rol activo del estado en la distribución de la riqueza, debe plantear la reconstitución de un nuevo Estado de Bienestar para el logro de una sociedad igualitaria.

Crisis global de la política y de sus instrumentos

Pero también los fenómenos derivados de la globalización colocan en crisis las formas de representación política, social y ciudadana típicas de la primera modernidad y que dieron origen a los estados de derecho. La crisis de la política, de los partidos, parlamentos e instituciones en general, descansa en una erosión de los paradigmas clásicos y de sus formas de concebir la sociedad política.

Ha cambiado el sentido de la política. La política y las preferencias ciudadanas funcionan de una manera distinta al pasado. En el **contexto de la sociedad de la imagen y de la información, la política se construye en la comunicación**, es mediática, porque es mediático el mundo en que vivimos. La gente vota por el líder y por el proyecto que éste representa. Lo esencial es si hay empatía con sus aspiraciones y concepciones personales. OBAMA asumió esta nueva realidad y logró quebrar el lobby del poder instituido en el seno de los demócratas como el conservadurismo de los republicanos y la ideología de discriminación de una parte sustantiva de la sociedad norteamericana.

Un partido moderno y progresista debe adecuarse y operar en esta nueva realidad donde la población se informa directamente a través de los medios masivos y globales, donde Internet abre un abanico de posibilidades de conocer cada espacio del planeta y de las ideas, donde surge una ciudadanía conectada en red cada vez mas masiva, operante e influyente. Las **redes sociales** cambiarán cada vez mas no solo la forma de comunicar sino de interrelacionarse entre los seres humanos y de estos con el poder institucional, generarán espacios de expresión crítica y de participación que van mas allá de los canales tradicionales de la política.

Esto obliga a una profunda renovación de los partidos políticos que aún no se adaptan a la nueva realidad y que muestran signos crecientes de oligarquización, centralización y burocratización de sus prácticas políticas y de la forma como se adoptan las decisiones. El descontento y la desconfianza hacia los grupos dirigentes de los partidos tiene que ver con la percepción ciudadana de la existencia de grupos cerrados, autoreferentes, que viven y se reproducen a si misma solo preocupados de la distribución del poder y cuyas formas de funcionamiento son vistas como excluyentes de la participación del ciudadano común. Mientras los **partidos sigan siendo vistos** por la población como **"tribus" privadas** y no como agentes de la participación pública se mantendrá este malestar y la ausencia de empatía con la ciudadanía.

Surge la imperiosa **necesidad de un proceso de democratización de los partidos políticos**, afectados por la falta de credibilidad ciudadana, por la carencia de redes hacia la sociedad civil tradicional y sobretodo hacia la emergente, desconectados de la vida cotidiana de las personas e incapacitados de operar con la velocidad que la sociedad de la información exige.

Si los partidos no se renuevan y se abren transparentemente a la sociedad, si no se permeabilizan, creando verdaderas posibilidades de participación ciudadana, se enfrentarán a dos fenómenos que puede llevar a una pérdida aún mayor de valoración de los ciudadanos e incluso a reducir el espacio de la política en la sociedad: de una parte, los medios de comunicación, en su nueva fase de desarrollo, ejercerán parte de sus roles, coparán el espacio de relación con la ciudadanía, con una enorme capacidad no solo de informar sino de instalar temas, agendas, criterios y también, hasta de entregar interpretaciones y sentidos a las cosas al transcurrir cotidiano, nacional y mundial.

Desde las redes sociales otras instancias, muchas veces dispersas y anónimas, instalarán y articularán las demandas ciudadanas. De otra parte, serán crecientemente reemplazados en el espacio público y en la conducción de las políticas de Estado por la tecnocracia, mucho más ligada a la lógica del mercado que a la del cambio social.

Esto puede significar empequeñecer aún más rol de los partidos, el debilitamiento de la política, como el gran espacio público, y el surgimiento de gobiernos populistas o puramente pragmáticos o neautoritarios que llenen el vacío de ideas y de conducción dejado por los partidos. La realidad venezolana es una manifestación de ello y se produce fruto de la caída, en manos de la corrupción, del sistema de partidos políticos. El "piñerismo" y su desprecio al relato histórico puede culminar en otro ejemplo de despolitización extrema de la sociedad. La política reemplazada por la gestión, los políticos por los tecnócratas.

El discurso de desprestigio de la política, de los políticos y de la función pública en general, desplegado como parte del proyecto ideológico de la dictadura y por la derecha durante la transición y los signos de corrupción y de arrogancia de poder que se observaron durante los gobiernos de la Concertación, calaron profundamente en la población que hoy asemeja política con algo sucio, poco creíble, y no como actividad provista de valores y de sentidos colectivos.

Este desprestigio de la política, de los partidos y de las instituciones puede llevar a una profunda crisis de legitimidad del propio sistema democrático. Una tarea urgente y actual del progresismo es la de renovar los contenidos y las prácticas de la política, la forma como ella empatiza con los más complejos intereses y percepciones de la ciudadanía, como ella otorga sentidos más colectivos a la realidad,

como involucra y entrega protagonismo, creando nuevas comunidades políticas, a una sociedad que percibe a la política y a los políticos con profunda desconfianza.

Repolitizar la sociedad, reconstruir el espacio público

Hay que reconstruir el espacio público garantizando formas mas horizontales de participación y terminando con la sensación de que los políticos son parte de la sociedad de los privilegios que la población rechaza fuertemente.

La **revalorización de los partidos políticos** pasa obligatoriamente por un esfuerzo por repolitizar la sociedad, por recuperar el debate público, por desprivatizar el Estado y refundar un pensamiento crítico opuesto a la homogeneidad y al desencanto, que sea capaz de instalar proyectos históricos que creen identidad y alternativas abiertas frente a los problemas de la ciudadanía.

Una sociedad civil exigente, reclama de los partidos políticos espacios de participación y transparencia en la gestión pública y nuevas formas de control ciudadano. Entregar **mas poder a los ciudadanos** comporta desprenderse de una parte del poder de las élites, ampliar la concepción de la democracia, y esto queda en evidencia en la demanda de elegir en primarias a los candidatos presidenciales y de elección popular, tema ya fuertemente instalado por la propia Concertación y respecto de lo cual pagó por su falta de consecuencia en las últimas municipales, parlamentarias y elecciones presidenciales donde los candidatos fueron impuestos sin consulta a los ciudadanos.

Para ello se requiere una nueva ley de partidos de partidos políticos y una nueva ley electoral que instale como metodología normativa la participación ciudadana abierta en la elección de los postulantes a los cargos populares y establezca garantías de transparencia en los procesos electorales internos de los partidos. La incorporación, a través de la inscripción automática, de cuatro millones de nuevos ciudadanos en el padrón electoral introduce un alto nivel de incertidumbre frente a electores hacia los cuales los partidos no solo no han tenido políticas sino han excluido permanentemente. Ellos son los jóvenes y las mujeres.

La renovación de los partidos y de la política pasa también **por feminizar el pensamiento**, los programas, por fortalecer la presencia de la mujer en la política, en las instituciones y en el trabajo y por incorporar en un sentido de igualdad y diversidad sus demandas como centrales.

Ello comporta, también, dar espacio a nuevas prácticas y a incorporar la esfera de los sentimientos y de las emociones, como toda la mirada femenina, en la política lo cual significa no solo enriquecer y diversificar los contenidos de la política sino además salvarla de la actual falta de empatía con la sociedad.

El propio **sistema electoral binominal mayoritario** heredado del diseño de la dictadura **limita** fuertemente la **participación de la mujer** en los cargos de elección popular y hace necesario aprobar una **ley de cuotas** que obligue a los partidos a incorporar mujeres en su plantilla de candidatos a las diversas instituciones del país.

Pasa por fortalecer a las organizaciones sociales que, debilitadas por los cambios económicos, por el envejecimiento de sus formas de organización, por la falta de una legislación que garantice derechos y auténticos espacios, por la exclusión de formas de participación en las grandes tareas emprendidas en los años de la transición, son vistas hoy como desprovistas de poder real.

La renovación de la política pasa por reconstituir una **sociedad civil poderosa**, que sea el equilibrio del poder, **el contrapeso**, del mercado, de los grandes poderes económicos y de sus instancias gremiales que si cuentan en las decisiones y del propio ejercicio del poder desde el estado y las instituciones. Una sociedad civil con capacidad propositiva en el proceso legislativo, con facultades para revocar mandatos, para fiscalizar a sus representantes, que disponga de índices que midan la eficiencia de las políticas públicas, que sea respetada y escuchada por los diversos poderes.

Es evidente que la privatización de amplios espacios de la vida pública, en especial de los centros de educación, investigación e información, como la creciente homogenización de los medios informativos determinados por la concentración de su propiedad, ha mutilado la presencia y el ejercicio de un pensamiento crítico que como siempre ha ocurrido resulta incómodo a las élites políticas.

Lo central es comprender que la democracia no se agota en las elecciones, que el elegir a los representantes es solo una de las expresiones de una democracia moderna que debe incorporar formas de participación y vínculo de la ciudadanía cada vez mas directas en las decisiones que se adoptan y que determinan la vida no solo de los militantes sino del conjunto de la población.

Derrota presidencial cierra un ciclo. Renovar desde la oposición

Pero la renovación de la política y especialmente de las ideas y proyectos de la centroizquierda y del progresismo PPD deben efectuarse en un nuevo momento: el de la pérdida del gobierno después de 20 años, desde la oposición y, por tanto, sin poder utilizar desde el gobierno las políticas públicas no solo como el elemento corrector del modelo económico y la creación de nuevos derechos para los ciudadanos, sino, también, como factor de identidad que nos diferencie de la derecha.

Sin duda, la derrota presidencial del 2010 cierra un ciclo de 20 años de fructíferas realizaciones de los gobiernos de la Concertación, las más profundas y significativas de la historia de Chile en todos los ámbitos en que ellas se midan, que cambiaron el rostro de Chile. La Concertación encabezó con éxito una difícil transición desde una de las mayores y más cruentas dictaduras del siglo XX a la democracia e impulsó un proceso de notable crecimiento económico, de progreso institucional, de democratización y respeto por las libertades y los derechos humanos, de disminución radical de la pobreza, integración social y bienestar, de ampliación de la cobertura en educación, salud y vivienda, de avance en la infraestructura, de paz social y gobernabilidad, de integración a la economía y a la política mundial, como no ha habido otro en nuestra historia.

Sin embargo, y pese a la enorme popularidad y apoyo ciudadano del Gobierno que encabezó Michelle Bachelet, y pese al impacto de sus políticas de género, de integración social y de su nueva manera de hacer política y de gobernar el país, la Concertación perdió las elecciones presidenciales y frustró la expectativa de un quinto gobierno de la coalición de centroizquierda.

Los elementos que explican la derrota son múltiples y van desde un desgaste de la coalición y de sus ideas, de la dispersión, de una deficiente lectura respecto de los cambios de expectativas que la propia obra de la Concertación y la nueva realidad global crearon en la población, de la elección inadecuada del candidato y la forma como la candidatura se impuso a temas más de fondo como son la **ausencia** de un **nuevo relato**, de un nuevo proyecto histórico que fuera más allá de los motivos de la transición ya agotada política e idealmente y de las reformas a un modelo económico que, pese a los cambios de matriz socialdemócratas introducidos, mantuvo su inspiración ideológica neoliberal y que requiere modificaciones de fondo para responder a las exigencias de la población y a una nueva y más compleja perspectiva de desarrollo.

La Concertación y sus gobiernos, pese a los grandes avances en estos ámbitos, **dejó inconcluso sea el proyecto democratizador**, dado que la Constitución sigue siendo en su origen la de Pinochet, como también el propio modelo económico. La derecha en el parlamento negó sus votos a cambios trascendentes propuestos por los gobiernos democráticos y no fuimos capaces, en el marco de los equilibrios posibles, de sacar a la calle y apoyarnos en la ciudadanía para promover cambios en el sistema electoral como en temas relevantes en el rol de la educación pública media y superior, de una AFP estatal, de una nueva ley laboral, de modificaciones de fondo a la ley de ISAPRES, por citar solo algunas reivindicaciones sentidas por la población y ejemplificadoras de los límites con los cuales operamos desde el gobierno.

Ausencia en nuestra propuesta de un proyecto progresista de futuro

Por ello, la población esperaba un compromiso de futuro que incorporara cambios respecto incluso de los logros alcanzados que, sobretodo, produjera una nítida diferenciación con los planteamientos liberales de la candidatura de la derecha. La falta de ciudadanía en acompañar las propuestas de los gobiernos de la Concertación para sobrepasar los diques neoliberales, la no ruptura y la falta de alternativa a una concepción de una democracia limitada y el conservadurismo valórico impuesto por la derecha, está en la base de la desafección ciudadana y por ende de la derrota.

Era necesario **marcar una diferencia nítida respecto de la derecha** ya que las políticas de consenso que permitieron cambios posibles y, por tanto mediatizados por el empate parlamentario, y una exitosa gobernabilidad basada en la consolidación del rol de las instituciones y en integración social, paralizaron, sin embargo, a la sociedad civil, provocaron divorcio con la intelectualidad y predominio de la tecnocracia, impidieron el debate ideológico que siempre fue postergado anulando la mirada crítica, generaron distancia de sectores de la población, especialmente de los jóvenes que rechazan las políticas en las alturas y terminaron con las posibilidades de una movilización de motivaciones lo suficientemente potente como la que todo proceso de cambios requiere y, lo que no es menor, dieron a la derecha legitimidad sin que ella pagara los costos de las diferencias, de la obstrucción a los cambios, que muchas veces la población no percibió con nitidez.

El **sentido de un proyecto de país, caracterizado por una nueva época de cambios tampoco fue repuesto en la oferta Concertacionista** justamente porque no hubo un proyecto histórico que diera cuenta que una fase de la vida del país se había cerrado y que la política debía proyectarse de otra manera en el bicentenario de la República.

La Concertación actuó, en esta última fase, **disociada de la realidad**, de lo que pensaba y sentía la población, y sus élites apostaron a la continuidad con lo realizado entregando la bandera del cambio a sectores disidentes de la Concertación y a la propia derecha.

No se comprendió que en tiempos de globalización, la percepción de la ciudadanía se modifica con mayor velocidad y se diversifica incorporando nuevos temas y que por tanto era necesario construir un proyecto de futuro que tuviera en cuenta las nuevas aspiraciones de los diversos grupos sociales.

Ejemplo de ello es que en la primera vuelta la candidatura de la Concertación no planteó una reforma tributaria que tendiera a modificar la escandalosa distribución del ingreso, en consecuencia que pese a la enorme cantidad de políticas públicas impulsadas por estos gobiernos, ellas solo lograron atenuar levemente la enorme diferencia de ingresos que subsiste en la sociedad chilena. Hay que reconocer que los avances en este terreno, cuando se incorpora en su medición la aplicación de las políticas públicas, existe pero siguen siendo insuficientes, dada la magnitud de la brecha económica, de los ingresos y la diferencia de oportunidades existentes en la sociedad chilena.

No se planteó una política ambiental radicalmente superior a la anterior – que creó una normativa e instituciones por primera vez en la historia de Chile - que abriera un debate de fondo sobre la necesidad de un modelo de desarrollo económico sustentable, ni una concepción nueva respecto de los derechos de los pueblos originarios que incorporara autonomía, representación política y preservación de la identidad como el fin de las injusticias que subsisten históricamente respecto de ellos, ni una política clara en los temas valóricos, es decir en aquellos que dicen relación con la profundización del respeto a la diversidad y a las decisiones personales en torno a su propia vida, en consecuencia que todos ellos son temas que la globalización instala con mayor sensibilidad en la población.

Las promesas de la Concertación se tornaron insuficientes y no se sintonizaron con una sociedad mas avanzada y madura que exigía mas, y, por tanto, hubo ausencia de un proyecto progresista que marcara una novedad respecto del pasado y construyera una nueva visión de país dándole legitimidad a un nuevo gobierno de la Concertación.

Por tanto, la **verdadera crisis que vivimos**, agotados o parcialmente logrados los objetivos que presidieron la experiencia concertacionista en sus 20 años de gobierno, **es de identidad** y es eso lo que debemos proponernos reconstruir en el nuevo escenario.

Un nuevo ciclo para el progresismo

La **Concertación necesita** no solo reinventarse sino **refundar los motivos ideales y programáticos** de la alianza de centro izquierda ampliada al conjunto de las fuerzas progresistas de la sociedad chilena que van mas allá de sus partidos, de los partidos y que abarcan a las nuevas comunidades sociales y civiles que se han construido en estos años o que emergen de la nueva realidad. Ella debe incorporar **un nuevo inicio**, un nuevo compromiso progresista, construido transversalmente con todos los actores, diseñando un horizonte de largo plazo e incorporando a quienes están hoy fuera de la de la lógica de los partidos y de la política tal como ella se presenta.

Cuando no hay riesgos de involución autoritaria, las personas pierden el temor al desorden, piensan que su futuro está mas entregado a sus propias decisiones, exigen mas derechos y como señala Pedro Gûell, surge una orientación mas fuertemente post material en las demandas y deseos, abriéndose paso la expectativa no solo de la cantidad sino de la calidad, de los objetivos materiales a las emociones, del trabajo al tiempo libre (pensemos en los recientes feriados irrenunciables que los trabajadores del comercio no estuvieron dispuestos a transar por mayor remuneración), de las pertenencias definidas por estratos a nuevos estilos de vida.

Este es el desafío que debe asumir la revolución de ideas y de valores del PPD. Construir una **nueva utopía con los pies en la tierra, un nuevo proyecto de país sustentado en la realidad y basado en la solidaridad**, en valotes éticos profundos, en el respeto a la individualidad y al deseo de construir la propia vida, en una nueva era de la igualdad y de la libertad, en la empatía con los ciudadanos,

en una promesa de vida sana, de ambiente sano, de economía verde como garantía de un crecimiento que deja de lado la depredación del medio ambiente.

El PPD debe asumir con decisión que vivimos una época de incertidumbre y que en ella una fuerza progresista debe ser capaz de ofrecer seguridad, no solo pública, sino también seguridad frente al riesgo, seguridad frente al abuso propio de la sociedad basada en relaciones económicas de mercado, seguridad y derechos de los usuarios, de los consumidores, seguridad de una educación de mejor calidad y de mejores salarios que están en la base de una mejor distribución del ingreso, seguridad de acceso a las nuevas tecnologías de la sociedad de las comunicaciones y de la información, seguridad a la innovación y a la creatividad, seguridad de paz y de integración con nuestros países vecinos, seguridad de un crecimiento sustentable que proteja la salud de las personas y la preservación del planeta, seguridad de un mayor bienestar.

Nuestro debate de 1993, que cruzó todos los rincones del partido, enfatizaba que "estamos en una sociedad que cambia vertiginosamente. El PPD apuesta al cambio y se propone liderar a los ciudadanos y grupos innovadores, estén donde estén, comprometidos en extender ese cambio mas allá del dominio económico y llevar sus beneficios mas allá de las elites".

Este proceso lo iniciamos sin una referencia definida y adquirida. Han sido sobrepasados proyectos como el del Estado de bienestar símbolo de la social democracia nórdica que por decenios sirvió de referente en el mundo progresista. Proyectos como el del laborismo inglés de la Tercera Vía, que desmontó la intransigente visión neoliberal del binomio Thatcher – Reagan y abrió una mirada cultural nueva para la izquierda, se agotó en sus propias contradicciones y hoy, al igual que el resto del progresismo mundial, nos encontramos en un proceso de búsqueda, de reflexión, de configuración de los nuevos paradigmas ideales y políticos, programáticos y de acción, del progresismo en el mundo.

Este **cambio debe ser radical** no solo porque nuestras sociedades interconectadas exigen más, sino porque muchos de los **temas del PPD y de las fuerzas progresistas en el mundo se han universalizado** y forman parte de la **identidad** y de la gramática de sectores muy amplios que incluso van más allá de nuestras fronteras. Dibujar un nuevo horizonte de los cambios estructurales de la sociedad es nuestra primera responsabilidad.

En primer lugar, debemos abrir una **nueva época de la lucha por la igualdad y el bienestar** que está en nuestro ADN político e ideal. Este no está ya circunscrito solo a los sectores mas desfavorecidos con el proceso global, que seguirán siendo el foco de atención principal de las políticas públicas, sino a la enorme mayoría de la población que espera mejores condiciones de vida y de oportunidades, especialmente a los sectores de capas medias de la sociedad que se han modificado, ampliado en número, diversificado en su composición y en la calidad de sus expectativas.

El **progresismo debe dar seguridad** a los niños, a los ancianos, a los más débiles, a las minorías, a los pobres, a los trabajadores, pero ello en el marco de una nueva concepción de la igualdad y la libertad, donde una depende de la otra, y donde se trata de proteger a todos los ciudadanos de los excesos de un mercado sin reglas y sin control.

Debe establecer, como una de las condiciones de la igualdad y de la distribución del ingreso nuevos derechos laborales que fortalezcan la sindicalización la negociación colectiva y de garantías de un trabajo que se ejerce en condiciones de dignidad y de seguridad ocupacional.

Queremos una política social más universal que establezca un nuevo pacto con la mayoría de la población que debe percibir que el progresismo le ofrece una garantía para su futuro.

En sociedades donde el Estado Nación clásico se ve sobrepasado por el enorme poder concentrador de las multinacionales que operan planetariamente desnacionalizando las economías locales, el rol del progresismo consiste en generar un nuevo modelo de desarrollo que en lo político genere una nueva gobernabilidad mundial que ponga límites y reglas internacionales y nacionales a la acción de las multinacionales.

No se trata de un objetivo menor. Contrariamente es de una envergadura histórica y su éxito supondría alterar radicalmente lo que hasta ahora ha sido el curso de la historia. Por otra parte, es muy probable que si ese objetivo no se alcanza, en gran medida el ideario que encarna el PPD no abandonará el mundo irreal de los buenos sueños y las grandes ilusiones. Ello supone una política exterior o internacional que sea capaz de convocar a una gran coalición de todos aquellos que tienen mucho mas que perder y mucho menos que ganar en los procesos de globalización.

No es ni con las grandes potencias consolidadas, o las potencias emergentes, que lograremos gobernanza mundial, y por consiguiente mas justicia y mas humanidad para todos. Solo la gran coalición de los medianos y los menores podrá hacerlo. Quizás uno de nuestros errores de esta época que finaliza haya sido prestar mucho mas atención a las ideas y realidades seductoras de ese primer mundo, olvidando esa realidad objetiva que hace de quienes son como nosotros nuestros hermanos necesarios.

En lo económico esta visión debe trasuntarse en un sistema de **crecimiento que resguarde los recursos naturales del país**, diseñe un sistema tributario que genere equidad y distribución del ingreso, que impulse las nuevas tecnologías y universalice el acceso de la población al uso de ellas, que haga de la innovación y el conocimiento la nueva fase de producción con mayor valor agregado y de exportación de servicios, que coloque límites a la explotación de los recursos no renovables, defienda el agua, el ecosistema e imponga el uso de las energías renovables y se proyecte en un diseño de eficiencia en todos los campos de la actividad. El desarrollo sustentable en el ámbito medioambiental, la emergencia de una economía verde, debe ser lo que guíe nuestra política estratégica.

No es tolerable que Chile pueda convertirse en el paraíso de las termoeléctricas sucias ya que de aprobarse los 14 proyectos termoeléctricos a carbón y fósiles recomendados, ninguno de los cuales asume las tecnologías de abatimiento de las emisiones, el 40% de la producción energética del país se logrará con el más contaminante de los combustibles, elevando los actuales niveles de producción de dióxido de carbono y violando los principios y las normas que la comunidad internacional diseña para reducir el impacto del calentamiento global.

No es tolerable tampoco la instalación de Megarepresas en la Patagonia chilena, lo cual consolida un monopolio que hace pagar a los chilenos las tarifas mas altas del continente, y que destruye el más importante patrimonio natural del país y frena el desarrollo de una matriz diversificada con energías renovables no convencionales, máxime cuando el Parlamento discute el proyecto de ley que eleva al 20%, de aquí al 2020, la exigencia de la presencia de las energías limpias en la matriz de generación.

Protección, innovación y capacitación de calidad, educación para todos y durante toda la vida, como ejes de una misma política del progresismo para superar las desigualdades. La capacitación, o "empowerment" como la llama sea Obama que Ed Miliband, el nuevo líder laborista inglés, es lo que permite disminuir la necesidad de

protección y en el mediano plazo la fórmula para la integración social permanente, la distribución eficaz de los ingresos, la liberación de las capacidades individuales, la existencia de una economía verdaderamente dinámica.

Hay que **resistir culturalmente la embestida conservadora** de los miedos, de la seguridad pública que reduce espacios de libertad, del desprestigio de lo público, del reemplazo de lo político por los gestores que acabarán supuestamente con los funcionarios y las instituciones inoperantes. **La derecha** y sus instrumentos ideológicos, especialmente los medios de comunicación que controla, han impuesto **una parálisis cultural y valórica** que ha desterrado la visión de una **sociedad solidaria** reemplazándola por la competencia y el consumismo, por una **sociedad individualista** donde los temas de trascendencia se encuentran subvalorados.

Los conservadores no son centristas son de derecha y aún cuando intenten apropiarse de las conquistas progresistas, viven un vacío ideológico determinado por la pérdida del rumbo seguro que les ofrecía la ideología neoliberal cuestionada por sus fracasos y crisis y rechazada por la inmensa mayoría de la población.

El progresismo debe recuperar la **calidad de la política** contra la **antipolítica** articulada hábilmente por los el pragmatismo conservador y difundida por la cultura de lo efímero, de lo desechable, impuesta por los grandes medios televisivos. Debe impulsar una política provista de valores que den identidad, distinguan y fundamenten el diálogo y la acción con los actores emergentes del nuevo mundo. Valores y ética de futuro en una sociedad compleja porque es menos previsible que en la del pasado.

Un tema central para el progresismo es el fortalecimiento, ampliación y profundización de la democracia. El golpe de Estado en Honduras y la intentona golpista en Ecuador son el reflejo de que la democracia es aún frágil y las instituciones representativas débiles en nuestro continente y que el poder militar, en muchos países, no situado valórica, política y normativamente en las tareas que le corresponden en el ámbito de la seguridad externa, sigue siendo una amenaza mas subterránea que en el pasado, pero latente.

Habla también de la debilidad extrema de los organismos internacionales y de la urgente necesidad de un código democrático a nivel del continente que establezca duras medidas de aislamiento político, diplomático, económico y financiero frente a cualquier tipo de autoridad fáctica.

Pero también de políticas de integración auténticas en todos los sectores que permitan utilizar y proteger mejor los recursos naturales que América Latina posee para mejorar las condiciones de vida de la población, generar riqueza, proteger el medio ambiente, evitar la depredación económica y ambiental provocada por las grandes multinacionales. Sin equidad e integración no hay democracias sólidas.

El desafío del progresismo consiste, en primer lugar, **en completar el proceso democratizador aún pendiente**, cambiando la Constitución que no tiene su origen en la soberanía popular, modificando la ley electoral para poner fin a las exclusiones políticas y sociales y ampliar el pluralismo y la competencia democrática, estableciendo la inscripción automática y el voto voluntario que rejuvenezca un padrón electoral envejecido e incorpore al derecho a elegir y ser elegidos a cuatro millones de chilenos que están fuera del sistema, **dando voto a los chilenos en el exterior sin condiciones**, incorporando las primarias para designar los candidatos a toda elección popular, **modificando** política y administrativamente el **Estado centralizador** por uno que establezca la descentralización y confiera poderes reales a las regiones, cambiar el régimen político presidencialista a uno parlamentario o semi parlamentario, incorporar los plebiscito vinculantes y otras formas de participación y control ciudadano.

Sin embargo, el progresismo debe ir mas allá de lo que implica la normalización y el fortalecimiento de las instituciones democráticas derivadas del liberalismo. El gran desafío consiste en democratizar la democracia, es decir ciudadanizarla, abrir canales reales de participación en las decisiones, revocar mandatos, establecer mecanismos directos para fiscalizar la transparencia y controlar la calidad de las políticas públicas, en definitiva el progresismo se propone establecer un nuevo rol del ciudadano. Hay que **reponer la capacidad transformadora de la democracia**, sin la cual se torna una **democracia vacía**, puramente formal, y crea desaliento y falta de compromiso de la ciudadanía

Sin embargo, la democracia no solo está referida al plano de las instituciones. Queremos que ella penetre en todas las esferas de la vida de la sociedad, lo cual implica mas que un cambio normativo un profundo cambio cultural. Democracia en la familia, en las empresas, en los centros de estudio, en la sexualidad, en las relaciones humanas.

Una democracia que se haga cargo del recelo de los ciudadanos por la política y las instituciones, que enfrente la sensación de muchos que las diferencias ya no están entre derechas e izquierdas, como fenómenos identitario, sino entre quienes están en los círculos de poder y quienes no lo están, una democracia política que establezca un vínculo de cercanía, de integración, de accesibilidad. Ello pasa porque el progresismo sea capaz de proponer a esos ciudadanos mas individualistas, mas temerosos y exigentes a la vez, **un nuevo contrato político** que ofrezca una política y prácticas políticas de mejor calidad, una política donde **el ciudadano** se sienta cómodo y **revalore el estar en el ámbito público**, una nueva comunidad política que integre aspiraciones múltiples y diversas.

Democracia y derechos humanos, derechos de las personas, como ejes de la política progresista. La óptica de los derechos humanos ya no solo respecto del pasado dictatorial, respecto de lo cual el PPD seguirá planteando la verdad y la justicia, el fin de la amnistía, la imprescriptibilidad de los delitos de lesa humanidad y el respeto a todos los Pactos internacionales. Sino, también, de los derechos humanos de la vida cotidiana de hoy y del futuro.

Nos preocupan los derechos humanos de los 55.000 niños agredidos solo este año 2010, de los ancianos maltratados, de los homosexuales y lesbianas fuertemente discriminados en esta sociedad, de todos cuyos derechos son vulnerados. Derechos Humanos en el marco de la ampliación de la cultura de la diversidad.

En particular como fuerza progresista apoyamos impulsamos el reconocimiento y el ejercicio de **plenos derechos políticos, culturales, sociales y económicos para los pueblos indígenas**. La Cuestión indígena no puede seguir siendo abordado bajo el concepto de integración o asimilación a la sociedad de los chilenos. Hay un conflicto entre chilenidad y pueblos originarios no resuelto, que tiene su origen en la usurpación de tierras y negación de derechos y que debe ser reconocido y abordado en su real magnitud. Para avanzar es clave un reconocimiento constitucional que permita avanzar en la **consecución de los derechos políticos de los pueblos indígenas, especialmente en el plano de la autorepresentación y la construcción de ámbitos de autogobierno funcional**. Debemos dar paso a un **Estado multiétnico** y multicultural que reconozca autonomía, espacios institucionales y representación política propia a los pueblos originarios. Debemos asumir una política de recuperación de tierras y de fomento productivo consistente con los planes de vida de las comunidades.

El PPD levanta como **eje del debate de su política indígena los objetivos de una Sociedad Intercultural, de un Estado Plurinacional y de los Derechos Indígenas Emergentes.**

El tema indígena con la globalización vino para quedarse. Es un tema de identidad, de libertad, de derechos y de convivencia. Es uno de los temas claves para la construcción de un país más justo que el progresismo se compromete a abordar en esta dimensión.

Síntesis

La actual Concertación no es suficiente para asumir los desafíos de futuro

Por ello, el Consejo del PPD asume la tarea de una profunda renovación de la Concertación por la Democracia que es obligatoria y no admite dilaciones. Ella, en su versión original, se quedó chica y estrecha y ya no es suficiente para asumir los desafíos del presente y del futuro del progresismo. De allí que el objetivo que nos proponemos, a partir de una profunda renovación programática, de identidad política, de estilos y de una reconfiguración ciudadana de la Concertación por la Democracia, es construir una nueva mayoría, política y social, progresista en el país.

A partir de ello, aspiramos a una alianza electoral y programática de toda la oposición que incluya al conjunto de los partidos progresistas y a una sociedad civil, que coloca nuevos temas, nuevas aspiraciones que sobrepasan las realizaciones y los cambios producidos por los 20 años de gobierno de la Concertación.

Tres son los ejes que deben presidir la construcción de la nueva identidad:

Para construir verdadera igualdad hay que modificar la economía de mercado de matriz neoliberal

El primero, es la construcción de una sociedad más igualitaria y de oportunidades. Ello supone la **superación de la economía de mercado de matriz neoliberal.** Sus fundamentos y paradigmas están en crisis en el mundo y en nuestra propia experiencia de gobierno las políticas correctivas destinadas a producir equidad y derechos dentro del modelo han tocado techo y, por ello, las políticas públicas y sociales que redujeron significativamente la pobreza y dieron mayores oportunidades a la mayoría de la población, no lograron, sin embargo, reducir la brecha entre riqueza y pobreza sino de manera muy modesta.

Hay que asumir que **los ricos son mas ricos** que antes aún cuando haya menos pobres y estos hayan tenido acceso a bienes materiales e inmateriales superiores, las utilidades de las grandes multinacionales y de los sectores financieros se multiplicaron exponencialmente en la misma medida en que aumentó la diferencia de ingresos en la sociedad.

Ello nos habla de un **límite estructural** que ya no es posible abordar sino con un cambio profundo del modelo de desarrollo de nuestro país y con una nueva política tributaria que la Concertación no se propuso o no pudo abordar significativamente mientras fue gobierno.

Repensar el modelo implica ir a la esencia de los objetivos del crecimiento económico que han servido de parámetro durante los decenios de los gobiernos de la Concertación y darse cuenta que ellos llevan ineluctablemente, mas allá de las políticas correctivas de índole socialdemócrata aplicadas y de las políticas públicas destinadas a producir integración social, a una sociedad profundamente inequitativa, a un agotamiento de los recursos naturales del país, a una destrucción creciente del medio ambiente y de la calidad de vida de los chilenos y a una enorme concentración monopólica de la riqueza que va acompañada, también, de una **concentración y dominio de los medios culturales e ideológicos de la sociedad**. Ello comporta la concentración del poder que hoy es más patente cuando el progresismo ha perdido el gobierno y debe operar desde la oposición para impulsar sus políticas.

Un proyecto de país sustentable

El segundo, estrechamente ligado al anterior, es la imperiosa necesidad de **conciliar los objetivos económicos con los sociales y ambientales, que hasta hoy se han visto supeditados a una visión neoliberal, economicista**, que reduce el desarrollo solo al crecimiento sin importar los costos sociales y ambientales, los que son externalizados por dicho modelo. Necesitamos desarrollar y promover un nuevo **modelo económico propio del progresismo**, una economía verde, una economía sustentable que resguarde al medio ambiente y cuyas metas de desarrollo no estén ligadas a la explotación irracional de los recursos naturales y del hombre, sino a un tipo de crecimiento que coloca en su centro a la vida, no al dinero, a la sobrevivencia del planeta y no al lucro y a la acumulación.

La defensa del medio ambiente, **la economía ecológica**, es hoy una necesidad imperiosa de un nuevo modelo de desarrollo en todos los planos y especialmente en los límites que hay que establecer a la desenfrenada inversión extranjera en recursos naturales que desnacionaliza la economía y al crecimiento irracional de las

necesidades energéticas del país que permiten que toda forma de generación de energía sea lícita más allá de las verdaderas catástrofes naturales que ello produce.

Democracia con ciudadanía y capacidad transformadora

El tercero, dice relación con una nueva democracia y con la participación horizontal de la ciudadanía en los asuntos políticos y públicos del país. **Lo urgente es terminar con todo vestigio de la herencia institucional de la dictadura sin aceptar los condicionamientos impuestos por la derecha en todos estos años** dado que es evidente que pese a los avances significativos en la democratización del país, quedaron pendiente aspectos que limitan fuertemente el ejercicio de la democracia, del pluralismo, de la representatividad y de la legitimidad de las instituciones.

Hoy el objetivo debe ser reformular la institucionalidad del país, terminar con el centralismo asfixiante, con un presidencialismo casi monárquico, **generar una Constitución que en su origen y contenido responda a los estándares de una democracia incluyente** y, sobretodo, diseñar una presencia protagónica de la sociedad civil, en toda la multiplicidad de expresiones que ella alcanza en la nueva sociedad de las comunicaciones y de la información.

Esto, máxime, cuando uno de los límites principales de la experiencia gubernativa de la Concertación es el de haber desmovilizado la sociedad civil, es el de no haber acompañado con ciudadanía sea sus realizaciones como la lucha por imponer los cambios en aquellos temas bloqueados permanentemente por las políticas neoliberales y por la concepción de democracia limitada que caracterizaron la política de la derecha desde el desplazamiento de la dictadura.

Ello pasa por la construcción de una **nueva hegemonía cultural del progresismo** que coloque los temas emergentes de la feminización de la política, de la mayor autonomía de las personas, de la diversidad de las formas de vida, de una educación y de una salud pública de calidad como responsabilidad del aparato público, de un acceso expansivo de la población a los mecanismos de la revolución digital.

El tema de la **presencia de la mujer en la política** y de la plena inclusión en la sociedad con paridad de derechos, **no puede ser planteado como un tema mas de la lucha contra las discriminaciones**, sino como un objetivo estratégico y esencial en la política progresista. Sin ello, **sin que la mujer juegue un rol pleno en la sociedad, y en especial en el ámbito de la política, no hay**

cambio posible y es en esta dimensión que un partido como el PPD que ha sido protagonista en la colocación de los derechos debe colocarlo.

Hay que **construir un nuevo rol del Estado** que no renuncia a ser un factor de construcción de integración e igualdad, a garantizar seguridad a las personas, a crear ciudades y vidas mas amables, a resguardar los derechos de los ciudadanos, de los usuarios, de los consumidores, de los niños, de las mujeres, de los ancianos, de las personas que tienen mayores límites y que requieren para abrirse paso del apoyo de las políticas públicas hacia diversos estratos de la sociedad.

Nos parece que es en torno a estos objetivos que se debe abrir el diálogo proyectado al futuro entre todos los progresistas, resguardando la esencia de una alianza, como la Concertación por la Democracia, que debe ser la base de una nueva mayoría política y social que no solo asuma el desafío de una oposición con proyecto sino que levante una alternativa capaz de derrotar a una derecha estableciendo una nítida distinción con el modelo económico, político, cultural y valórico que ella representa en la sociedad.

El PPD ha sido en estos años protagonista de grandes batallas sociales, políticas, de género, éticas, culturales y medioambientales y desde su participación en el gobierno, en las instituciones y en la sociedad civil, ha comprometido su esfuerzo por mejorar las condiciones de vida de los mas pobres y de todos los chilenos.

Hoy queremos escribir una nueva historia, nuevos sueños, nuevas utopías que se requieren para avanzar hacia un país mejor, mas democrático, con una sociedad mas abierta, desprejuiciada, libre y que respete la autonomía de los ciudadanos, un país de personas mas felices.